Asís 1956: setenta años después

José Antonio Goñi Beásoain de Paulorena

En septiembre de 1956, cuando todavía faltaban tres años para que el papa san Juan XXIII anunciara la convocatoria del Concilio Vaticano II, Asís acogió el Primer Congreso Internacional de Liturgia Pastoral. Setenta años después, *Phase* quiere volver la mirada hacia aquel acontecimiento. No por una simple voluntad conmemorativa, ni movidos por la nostalgia de una etapa particularmente fecunda de la historia reciente de la liturgia, sino porque algunas de las preguntas formuladas entonces continúan interpelándonos hoy.

El Congreso se celebró en Asís del 18 al 21 de septiembre y concluyó en Roma el día 22 con la alocución del papa Pío XII. Su tema general era expresivo del momento histórico: *La renovación litúrgica pastoral bajo el pontificado de Pío XII*. La intención inicial tenía, de hecho, un marcado carácter de balance y homenaje. El cardenal Cayetano Cicognani, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos y presidente del Congreso, afirmó en la apertura que aquella reunión no había sido convocada para «estudiar problemas o proponer iniciativas», sino para poner de relieve las normas y disposiciones emanadas por Pío XII.

Y, sin embargo, Asís terminó significando bastante más.

En aquellas jornadas confluyeron muchos de quienes estaban protagonizando el movimiento litúrgico internacional. El Congreso fue un verdadero hito en la evolución de aquel movimiento: tras décadas de investigación histórica, profundización teológica y renovación artística, la preocupación pastoral había pasado progresivamente al primer plano: hacer que la liturgia volviera a ser

fuente efectiva de vida cristiana para todo el Pueblo de Dios. El programa muestra hasta qué punto esta preocupación atravesaba ámbitos muy diferentes: historia de la liturgia, teología, lengua, arte, Escritura, misiones, liturgias orientales, Semana Santa, música sagrada y reforma del Oficio divino.

Precisamente, ahí reside una de las claves para leer hoy Asís. La reforma litúrgica todavía no aparecía como un proyecto global definido, pero muchas de las cuestiones que más tarde encontrarían expresión en el Concilio estaban ya sobre la mesa.

Josef Andreas Jungmann ofreció quizá una de las formulaciones más fecundas con su ponencia «La pastoral, clave de la historia de la liturgia». Su mirada histórica no perseguía simplemente reconstruir formas antiguas. La propia configuración de la liturgia, sostenía, había surgido de la solicitud pastoral de la Iglesia: reunir al pueblo, conducirlo hacia una fe consciente e introducirlo en la oración y en la ofrenda cristianas. De ahí su afirmación de que la liturgia celebrada de modo vivo había constituido durante siglos «la forma más importante de la pastoral». La preocupación que atraviesa toda su intervención resulta todavía reconocible: cómo conseguir que entre la celebración y el pueblo no vuelva a extenderse aquella «niebla» que impide percibir el misterio celebrado.

Bernard Capelle abordó la relación entre *Mystici Corporis* y *Mediator Dei*. Su aportación colocaba la reflexión litúrgica dentro de una eclesiología: la liturgia es acción de Cristo y de la Iglesia, que es su cuerpo, realidad al mismo tiempo visible y espiritual, jerárquica y mística. La presencia de Cristo en la Iglesia y su presencia en la acción litúrgica pertenecen al mismo misterio. La participación litúrgica adquiría así una profundidad que superaba cualquier comprensión meramente exterior de los ritos.

Juan Wagner trasladó esa misma cuestión al arte. Si la liturgia no puede reducirse a ceremonial o estética, tampoco el arte litúrgico puede comprenderse independientemente de la acción celebrativa. Su función es servirla y hacer posible que el espacio, los objetos y las formas artísticas estén verdaderamente al servicio de la asamblea que celebra. De ahí que incluso la arquitectura eclesial

deba pensarse desde la celebración comunitaria, evitando tanto la simple imitación del pasado como la autonomía estética respecto de la liturgia.

Agustín Bea puso en primer plano la Palabra de Dios. Su intervención sobre su valor pastoral en la liturgia anticipaba una sensibilidad que adquiriría una importancia decisiva en el Concilio: volver a hacer accesibles al pueblo cristiano las dos mesas, la de la Palabra y la del altar. La renovación litúrgica aparecía así inseparable de la recuperación de la Escritura como alimento efectivo de la vida cristiana.

También la cuestión de la lengua ocupó un lugar significativo. El cardenal Pierre-Marie Gerlier abordó los rituales bilingües y su valor pastoral, una cuestión especialmente reveladora en un momento en que comenzaba a percibirse con creciente claridad la necesidad de que los fieles pudieran comprender los textos y participar de manera más consciente en las celebraciones. Sin plantear todavía una generalización de las lenguas vernáculas, aquella reflexión mostraba ya hasta qué punto la inteligibilidad de los ritos se había convertido en una cuestión pastoral de primer orden.

Guillaume van Bekkum, vicario apostólico de Ruteng, llevó esta preocupación al ámbito misionero con su intervención sobre la renovación litúrgica al servicio de las misiones. El encuentro entre liturgia, cultura y evangelización planteaba preguntas que desbordaban ampliamente el contexto europeo y obligaban a pensar hasta qué punto las formas litúrgicas podían y debían adaptarse a situaciones culturales diversas sin perder su identidad eclesial.

Aimon-Marie Roguet trató de la relación entre renovación litúrgica y renovación de la predicación, subrayando así que la reforma de la celebración no podía separarse de la proclamación y explicación de la Palabra.

Olivier Rousseau dirigió, por su parte, la mirada hacia las liturgias orientales, recordando la riqueza de la pluralidad ritual de la Iglesia y mostrando que la tradición litúrgica no puede identificarse simplemente con una única configuración histórica occidental.

Francisco Miranda Vicente estudió la Constitución apostólica *Sacramentum Ordinis* y su significado teológico. Su intervención mostraba cómo las reformas de Pío XII no afectaban únicamente a aspectos disciplinares o pastorales, sino que podían implicar también una clarificación teológica de los propios ritos sacramentales.

Gabriel Garrone abordó, en cambio, el alcance pastoral de la Constitución *Christus Dominus*, en el contexto de las disposiciones sobre el ayuno eucarístico y las posibilidades abiertas para facilitar la participación de los fieles. También aquí se hacía visible una característica de las reformas de aquellos años: la atención a las condiciones reales de la vida cristiana y a las nuevas circunstancias sociales.

Fernando Antonelli presentó la reforma de la Semana Santa, quizá la experiencia concreta que mejor permitía comprobar hasta dónde podía llegar una reforma guiada por motivos pastorales. Su afirmación de que los fieles no podían permanecer como simples espectadores, sino que debían tomar parte «activa y consciente» en los misterios celebrados, anunciaba ya un vocabulario destinado a ocupar un lugar central pocos años después. Las comunicaciones de Eduardo V. O'Hara y Otón Spülbeck sobre la Semana Santa restaurada ofrecían, además, el contrapunto de la experiencia concreta: la reforma no era ya únicamente una cuestión teórica, sino una realidad celebrada cuya recepción podía ser observada y valorada en distintas Iglesias locales.

La música sagrada ocupó igualmente un lugar propio en el Congreso. Alberto Stohr presentó la encíclica *Musicae Sacrae Disciplina* en relación con el ministerio pastoral de su tiempo, planteando una cuestión que continúa siendo actual: cómo conservar y transmitir el patrimonio musical de la Iglesia de modo que pueda cumplir efectivamente su función dentro de la acción litúrgica. La tensión entre valor artístico, tradición, inteligibilidad y participación aparecía así también en el terreno musical, anticipando algunos de los debates que acompañarían posteriormente la reforma.

El cardenal Giacomo Lercaro abordó la simplificación de las rúbricas y la reforma del Breviario. También aquí se hacía visible una convicción que progresivamente ganaba terreno: las formas

litúrgicas están al servicio de la oración de la Iglesia y deben ser capaces de cumplir realmente esa función. La fidelidad a la tradición no consiste en identificarla con la inmovilidad.

Finalmente, el papa Pío XII cerró el Congreso. Su discurso muestra bien las tensiones de aquel momento. Por una parte, reconoció el movimiento litúrgico como un signo providencial, un «paso del Espíritu Santo por su Iglesia», y subrayó repetidamente la participación activa de los fieles. Por otra, puso en guardia ante determinadas tendencias y recordó los límites que la autoridad de la Iglesia debía custodiar. El Congreso se encontraba precisamente en esa encrucijada: entre conservación y renovación, tradición y adaptación, autoridad y búsqueda pastoral. La publicación que sirve de base al presente número lo expresa con una imagen acertada: Asís hizo de puente entre el movimiento litúrgico, las reformas de Pío XII y la gran reforma que maduraría con el Vaticano II.

Este número de *Phase* quiere conmemorar aquel acontecimiento recuperando algunas de sus voces y preguntándose también por su actualidad. Juan Javier Flores ofrece el marco histórico necesario para comprender el significado del Congreso; se reproduce el discurso inaugural del cardenal Cicognani y también la crónica que Francisco Miranda preparó tras su celebración. Junto a estos textos, Claudio Campesato vuelve sobre una cuestión abordada en Asís –la música litúrgica– para preguntarse por la recepción pastoral del canto gregoriano y proponer una hermenéutica de su pertinencia ritual.

Las actas originales se publicaron entonces íntegramente en las cinco lenguas oficiales del Congreso, entre ellas el castellano: *Pío XII y la liturgia pastoral. Estudios del I Congreso Internacional de Liturgia Pastoral (Asís-Roma)*, Toledo: Junta Nacional de Apostolado Litúrgico 1957. El Centre de Pastoral Litúrgica acaba de publicar las ponencias más significativas, cuya actualidad permanece: J. J. Flores (coord.), *Primer Congreso Internacional de Asís (1956)* (Cuadernos Phase 293), Barcelona: CPL 2026.

Setenta años después, muchas circunstancias han cambiado. El Concilio Vaticano II, la reforma de los libros litúrgicos y las décadas transcurridas desde entonces nos sitúan en un contexto completa-

mente distinto. Pero permanece la misma pregunta que recorría las jornadas de Asís: ¿cómo puede la liturgia realizar verdaderamente su misión en la vida de la Iglesia y del pueblo cristiano?

Volver a 1956 no significa buscar allí soluciones preparadas para nuestros problemas actuales. Significa contemplar un momento en que la tradición fue interrogada desde su finalidad pastoral y en que la preocupación por la participación, la Palabra de Dios, la inteligibilidad de los ritos, la música, el arte, la oración de la Iglesia y la relación entre tradición y reforma comenzaba a adquirir una nueva intensidad.

La historia de la liturgia no nos ofrece recetas. Nos permite, sin embargo, reconocer preguntas esenciales. Asís nos recuerda que una auténtica renovación litúrgica nace cuando la Iglesia vuelve a preguntarse cómo celebrar de tal modo que el misterio recibido pueda ser verdaderamente celebrado, comprendido, orado y vivido.

Setenta años después, esa pregunta conserva toda su actualidad.

***

El pasado 10 de octubre, el papa León XIV nombró a Mons. Aurelio García Macías arzobispo secretario del Dicasterio para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, del que hasta entonces era subsecretario. Desde *Phase* queremos expresarle nuestra más cordial felicitación por este nombramiento. Es motivo de especial alegría para nuestra revista que uno de los miembros de su consejo de redacción haya sido llamado a desempeñar esta importante responsabilidad al servicio de la liturgia de la Iglesia. Le deseamos un fecundo ministerio en esta nueva misión que el Papa le ha confiado.

José Antonio Goñi
Director de Phase